

DE CÓMO ENTRÉ EN EL OPUS DEI (y otras tribulaciones)

Autora: HALMA

ÍNDICE

Prólogo e introducción

1. Primer contacto

2. Proselitismo y vocación

3. La santa coacción

4. El centro de estudios

5. El mundo real y el cariño de mis padres

6. Se me cae la venda de los ojos

7. Mi salida del Opus Dei

PRÓLOGO

Escribo el siguiente relato bajo pseudónimo.

No hago uso del anonimato con ánimo de esconderme. Creo en la universalidad de mi historia. Por eso no tiene nombre propio.

El YO de mi historia podría ser el YO de esa mujer, de ese hombre, de ese chico o chica adolescente... De esas almas generosas que creían seguir la voluntad de Dios.

Los patrones se repiten aquí y allá, en todos los continentes.

Provenimos de culturas muy distintas, de países muy lejanos. Sin embargo, nos entendemos perfectamente. Hablamos un mismo idioma.

Mi pseudónimo:

Halma

Ese es el nombre que he escogido para nombrarme.

Alma porque os descubro un relato que atañe al "yo" profundo, intrínseco, íntimo... al "yo" con el que me identifico plenamente. H muda es el apellido que doy a mi Alma. Representa a todos los que tuvieron, tienen o tendrán el alma herida. A todos los que llevan su dolor por dentro, en silencio, sin queja, sin protesta, sin denuncia, en obligado anonimato ...

Nota: los nombres de los lugares y de las personas que aparecen en este texto han sido reemplazados por otros para preservar el derecho a la intimidad.

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Halma y fui numeraria de la Obra durante casi 5 años. De eso hace ya más de doce años. Actualmente lo tengo superado por completo, estoy casada y soy una mujer de treinta y tantos completamente normal y feliz.

Creo que vale la pena descubrir una parte silenciada de mi vida ante vosotros. Al hacerlo, pienso en el bien que puedo hacer a las personas que, al conocerla, podrán tener al alcance un poco más de información de la que yo tuve en su día, podrán sacar su propia moraleja de mi historia, sopesando pros y contras.

También quiero que sepáis que, al contaros este pedacito de mi intimidad, no me mueve ningún deseo de venganza, odio, resentimiento, aversión personal o cualquier otro concepto que pudiera entrar en ese campo semántico.

Sé que las personas que siguen dentro pueden esgrimir la conocida premisa de que "estoy rebotada" o que "quiero hacer daño" No es así.

Al arrancar de mi memoria esos recuerdos silenciados, acallados, escondidos en mi interior durante más de una década y exponerlos aquí, sólo quiero dar "mi versión de los hechos", desde la ponderación que me da no solo el paso del tiempo sino también la madurez que he adquirido desde entonces.

Si en el relato hago algún comentario sobre algún hecho, se trata de mi opinión personal sobre los mismos, pero comprenderé y aceptaré que haya algunos que estén en desacuerdo. Los comprendo porque yo misma he pasado por esa fase de defender "la Obra de Dios" a capa y espada, con uñas y dientes, de palabra y de acto, con golpes mortales de inteligencia y audacia "insufladas por el mismo Espíritu Santo".

Sé que "algunos" rezarán a Dios por mi alma. Yo también rezaré a Dios por la suya.

Estoy contenta y satisfecha de que exista esta página web pues todos aquellos que salgan o sean expulsados del Opus Dei podrán ser escuchados y comprendidos por alguien que no les juzgará, por alguien que también ha pasado por esa experiencia. También, a gente como yo, se le brindará la oportunidad de hablar del Opus Dei desde una perspectiva "menos convencional", "menos oficial", si se quiere.

Cuando yo me fui, no existía esa "oreja" anónima y altruista para escuchar y ayudar. Y ahora, que tengo la posibilidad de contar lo que pasó, ahí va pues lo prometido:

PRIMER CONTACTO

Corría el año 1980 cuando mis padres nos llevaron a mi hermana y a mí a una asociación juvenil en una capital de provincia española a la que llamaré "Ciudad del Monte". Yo, por entonces tenía unos 8 años y mi hermana 6. -Mi hermana todavía era muy pequeña para ser admitida pero, asistir las dos juntas al club, era condición "sine qua non" para mis padres-. Una señora muy bien maquillada y arreglada, de aspecto agradable y trato amable, nos enseñó "el club juvenil".

La zona dedicada a las niñas de nuestra edad era un lugar limpio, bien decorado y acicalado. Había un amplio abanico de actividades para nosotras: una cocina inmensa donde daban cla-

ses, una sala con parqué para hacer danza, una habitación para modelar barro, múltiples salas y salitas a cual más coqueta, un patio muy bien decorado y una sala de estudios con pizarra y pupitres donde una monitora se encargaba de ayudar a un puñado de niñas de nuestra edad.

La simpática señora también enseñó a mis padres la zona juvenil, donde podríamos ir a partir de los 12 o 13 años. Era tan grande como la infantil y guardaba el mismo aire cálido y decoroso pero, he de confesar que, en aquel momento, no puse mucho interés en las explicaciones de la numeraria.

Cuando nos marchábamos la agradable señora nos preguntó:

-¿Qué me decís? ¿os ha gustado? ¿queréis venir al club?

-Bueno... -dijimos mi hermana y yo, un poco tímidas ante sus preguntas.

A mis padres también debió gustarles mucho: hacían el sacrificio de llevarnos desde nuestro pueblo perdido en las montañas, donde vivíamos, hasta Ciudad del Monte por una carretera tortuosa. Por ese motivo, íbamos sólo los sábados. Mi padre nos llevaba por la mañana temprano y nos recogía por la tarde cuando el club cerraba, así que nos pasábamos todo el día allí.

Mi hermana y yo, ese día, comíamos las dos solitas el bocadillo que nos preparaba nuestra madre, ya que el centro cerraba a medio día: las niñas se iban a su casa y la monitora se iba a la zona de las mayores, dejándonos solas en el centro de las peques durante unas tres horas hasta que abrían de nuevo por la tarde.

Nos tenía dicho que no podíamos subir, a no ser que necesitáramos algo importante. Así que esas horas se nos hacían eternas. Sin embargo, como siempre había alguna actividad interesante organizada para la tarde, no nos importaba mucho.

Después mi padre se cansó de la carretera y nosotras también. Además a mi madre le daba pena que comiéramos allí solas y tuviéramos que esperar tanto rato a que abrieran, así que después de dos años frecuentándolo, dejamos de ir.

No recuerdo que ello me supusiera un trauma.

REGRESO AL CLUB

Unos años más tarde, mi padre fue trasladado a... llamémosle "San Cristóbal", a apenas 3 o 4 km de Ciudad del Monte, donde se ubicaba el club juvenil. Por entonces teníamos, mi hermana 12 años y yo 14. Entonces mis padres nos volvieron a matricular.

Ahora las actividades eran otras pero resultaban igual de interesantes: canto, teatro, maquillaje, técnicas de estudio, excursiones... El oratorio no era lo que más me llamaba la atención.

Mis padres no vieron nada malo. Al contrario, les gustaba que nos inculcaran buenos hábitos de estudio. Nos veían al abrigo de las cosas malas que pudiéramos encontrar por la calle a una edades un poco complicadas.

El ambiente era muy bueno: chicas siempre sonrientes, alegres, bien vestidas, educadas, trabajadoras...

Una de ellas, Inma, parecía arroparme con su compañía, casi siempre se sentaba conmigo, me informaba de nuevas actividades, etc.

Un día Inma me invitó a una meditación.

Un sacerdote muy joven, vestido con sotana y alzacuellos se dirigía a un auditorio de chicas jóvenes sentadas aquí y allá en los bancos del oratorio. Lo hacía desde una pequeña mesa con faldón oscuro situada junto al altar.

La sala sólo estaba iluminada por la tenue e hipnótica luz de un flexo que le ayudaba a leer las citas y notas que tenía ante él sobre la mesa.

Otro foco sacaba de la penumbra el Sagrario. La luz parecía provenir del mismo Sagrario, dorada, brillante, celestial.

Mientras, la voz del sacerdote hablaba de los valores cristianos, de santidad en medio del mundo, de ser soldados de Dios, personas corrientes, como las demás, en busca de la santidad...

Pero no lo hacía como cualquier otro cura... utilizaba la 2ª persona del singular: TÚ estás llamada a la santidad. TÚ puedes llevar una vida cristiana en medio del mundo. TÚ puedes ser santo. TÚ tienes en TUS manos la decisión...

Yo me sentía interpelada, como si Dios me hablara a mí, directamente al corazón, a través de las palabras del sacerdote.

Duró media hora.

Otro día Inma me invitó a ver una película de Monseñor Escrivá. Me dijo que era el fundador del Opus Dei.

No recuerdo haber percibido nada especial en él. Vi un hombre moreno, bajito, calvo, con gafas y sotana que iba arriba y abajo sobre una tarima y que hablaba, con bastante don de gentes y desparpajo, a un auditorio de chicas.

Otro vez nos invitaron a participar en unas clases de formación donde cada semana trataban un tema de vida interior pero, al tener que ir un día determinado de cada semana, recuerdo que dijimos que no. Nosotras íbamos al club cuando mi padre nos podía recoger en coche al terminar y no queríamos obligarle a venir a propósito.

PROSELITISMO Y VOCACIÓN

Al poco tiempo, mi hermana se empezó a agobiar y dejó de ir. Decía que Rosa. -la que se juntó con ella- era una pesada y que no paraba de preguntarle cosas muy personales.

Pero yo seguí... sobre todo porque allí se estudiaba muy bien.

Y, así , entre actividad mundana y actividad divina lograron que me confesara por primera vez tras 4 años sin hacerlo.

También lograron dar respuesta muchas de las preguntas que, como adolescente, me planteaba en aquella época: "¿quién soy yo?, ¿Existe Dios de verdad? si existe ¿quién es, cómo es? ¿qué actitud he de tomar ante el mundo y sus problemas?..." y otras cuestiones filosóficas del estilo.

Corría el año 1986 cuando llevaba unos 5 meses yendo por allí. Un día, con 15 años apenas cumplidos, me preguntaron si quería hacerme de la obra.

Yo dije en seguida que sí, que estaba dispuesta a mejorar y a ser santa en medio del mundo. Eso me entusiasmaba. Quería parecerme a las chicas del club, ser como ellas, siempre contentas y alegres, con una vida interior rica, trabajadoras...

Me dijeron que tenía que escribir una carta al Padre para pedirle mi ingreso en el Opus Dei -en aquel momento era Alvaro del Portillo-. Podía escribirle lo que quisiera pero en algún momento de mi carta tenía que poner exactamente "le pido la admisión como asociada numeraria".

Así lo hice.

Y al acabar:

-Pax -me dijo Inma con cara sonriente al entregarle mi carta-. Tú tienes que contestar "in aeternum", significa "para siempre". Es el saludo que tenemos para "las de casa" y tu ya eres "de casa". "Las de fuera" no saben que nos saludamos de esta forma así que úsalo solo con "las de casa".

- Bueno, pues..."in aeternum" -dije yo, un poco sorprendida.

- Además, Halma, te has convertido en "el farolillo rojo" del centro: Eres la última que ha "pitado", la chiquitina de la casa...

- ¿"pitado"?, ¿eso qué es?

- A pedir la admisión en la Obra le llamamos "pitar".

- Aaahh...

Después, algunas chicas, que conocía tan solo de vista, me saludaban discretamente en latín, otras, con las que jamás hablé, se acercaban a mí con cara sonriente, me daban dos besos y me decían cosas como: "hay que ver, cuanto he rezado por ti", "ha sido tan rápido..." "no nos lo esperábamos tan pronto..."

Así fui conociéndolas a todas.

Enseguida fui aleccionada con respecto a mis padres: "Es preferible que no hables con tus padres de tu reciente vocación. Ten en cuenta que a lo mejor no lo entienden y te pueden hacer sufrir oponiéndose a ello. Además la vocación es como una pequeña llamita que, al principio, cualquier brisa, por pequeña que sea, puede apagar."

Pocos días antes de escribir la carta, me hicieron un análisis de sangre y una revisión médica. Me dijeron que todos los años se hacía eso a todas "las de casa" porque, "como en toda familia, no sólo se cuida de la salud espiritual sino también de la física."

Ahora, después de visitar esta web supongo que ese análisis iba a decidir si yo sería numeraria o agregada. Al estar sana como una pera me otorgaron la etiqueta "numeraria". Según he sabido después, la obra no quiere cargar con jóvenes enfermos y se aseguran de que no haya ninguna enfermedad. No es que todas las agregadas, ni mucho menos, estén enfermas cuando piden la admisión pero si lo están, es una razón por la cual deben ser agregadas para así seguir viviendo en casa de sus padres.

Después me asignaron una directora espiritual, María, con la que yo no había hablado en mi vida y con la que tendría que hablar de mis interioridades una vez a la semana. Me propuso un "plan de vida", es decir, una serie de encuentros concretos con Dios a lo largo del día. Empezamos con quince minutos de oración, el rosario y la lectura todos los días y me lo fue aumentando paulatinamente hasta llegar al plan de vida completo.

Luego, me enteré de que las numerarias no pueden ir con chicos.

Después me enteré de que no sólo no podía ir con ellos sino que, si me los presentaban, tenía que darles la mano y nunca darles dos besos como hacían todas las chicas de mi edad. Además, tenía que ser antipática con ellos para espantarlos. No podía ir a fiestas, pubs o discotecas porque era "falta de pobreza" y porque "en esos sitios se va, prácticamente, a ligar".

También me enteré de que no podía llevar pantalones. En el club se encargaron de transformar todos mis pantalones en falda con la máquina de coser.

Tampoco se podía ir a la playa porque "fomentaba la pereza y te podía hacer caer en cosas impuras".

Tampoco se podía ir al cine porque "es una falta de pobreza".

Era mejor abstenerse de ver la tele porque "pueden meterte falsas ideas en la cabeza o hacer tambalear tu vocación"

Y así podríamos seguir aumentando la lista de normas...

Yo no era tonta y me daba cuenta de que me estaba convirtiendo en un bicho raro que sólo sabía hablar de "quedar para estudiar" y de Dios... Mis amigas empezaron a notarme rara y, como nunca quería ir donde ellas, empezaron a dejar de llamarme.

Eso de ser "cristiano en medio del mundo", haciendo "lo que cualquier persona normal", lo será en teoría porque en la práctica dejaba mucho que desear.

Mis padres también me notaban rara: estaba menos en casa, iba al club muy a menudo, me notaban huidiza, y ayudaba menos en las tareas domésticas. Y me lo hacían saber.

Mi directora espiritual, María, me decía que "eso era culpa mía", me recriminaba que "no me portaba con naturalidad" en casa de mis padres, que "no había nada que esconder", que no actuara "como si estuviera haciendo algo malo". Sin embargo, al mismo tiempo me pedía que mantuviera en secreto mi vocación.

...A pesar de todo, me gustaba hacer oración y tener esos encuentros con Dios cada día. Me sentía crecer interiormente. Sobre todo porque antes de ir al club estaba teniendo una crisis de

fe que me hacía dudar de la existencia de Dios y ahora estaba contenta de hacer oración. Era como si la luz fuera más importante que las sombras. Por eso seguía dentro, a pesar de las normas e indicaciones que antes he enumerado.

Un día en la charla le dije a María que esa semana la oración la había hecho por la noche, acostada en la cama, después de estudiar.

María me pegó una bronca tan morrocotuda que todavía me acuerdo:

- A Dios se le ofrece el mejor momento de tu tiempo, no las migajas que te sobran!!! Tu qué te has creído??? Eso es una falta grave!! Es más mmuuy grave!! Es una falta de respeto y de amor a Dios increíble!!!... etc, etc,"

...Y así descargó contra mi la santa ira divina, malinterpretando y deformando lo que, yo, con tan buena voluntad y gran amor de Dios hacía.

Otro día le dije que ese día no había tenido tiempo de ir a Misa. No cabe decir que otra bronca desproporcionada vino a mi encuentro.

Otro día le dije que tenía dudas de que mi vocación fuera de numeraria, que a mi me gustaban los chicos y que no me encontraba muy bien con esas historias de los besos y saludos tan artificiales, que yo quería formar una familia.

Me pegó la bronca y me dijo que "si yo quería ser como judas que me fuera", que "yo era libre" pero que "sería una desgraciada si me casaba porque no era lo que Dios había previsto para mí".

A "eso" ellos lo llaman "santa coacción."

El que lea esto, si no ha sido del Opus Dei, se preguntará ¿y por qué lo decías todo si sabías que te esperaba una bronca cada vez?.

La respuesta es sencilla: porque en el Opus Dei te crean un sentimiento profundo de culpabilidad si escondes algo a quien dirige la charla semanal. Eso es lo peor que puedes hacer. Te enseñan a no ser soberbio, a rebajarte, a ser "alfombra que todos pueden pisar", a dejarte guiar, asesorar y a aceptar todo lo que te dicen como si fuera norma de fe.

Otro día le dije a María que había venido al instituto un chico que había dejado el mundo de la droga. Había venido para contarnos, durante la clase de religión, cómo Dios lo había llamado y lo había ayudado a salir de esa penosa situación. Le dije cómo me conmovía que Dios pudiera llamar a todo el mundo, incluso a un exdrogadicto.

Su comentario fue seco y usó un tono que no me gusto por lo altivo: "A ese le habrá llamado pero a mí me ha llamado por mejores motivos". (Ay!, la soberbia algunos del Opus!...)

Así, poco a poco, las dudas empezaron a asaltarme. Además, cada semana por un motivo o por otro María me levantaba la voz. Era como Mister Jekyll, sonreía y sonreía y, de repente,... se transformaba, para volver a sonreír después, como si nada hubiera pasado.

Acabé por decidir que yo "eso" no lo quería para mí. Que no podía seguir así. Se lo dije a María durante la última charla que tuvimos. Que me iba y que me iba.

Al verme tan en mis trece, María desplegó su artillería pesada: Me dijo que "si me iba dejaría de ser hija de Dios", que me convertiría en "hija del demonio" (son palabras textuales) porque "estaba escuchando al mismo demonio", que "me iba a condenar", que iba a ser "una desgraciada por no seguir a Dios", que yo "le daba pena..." Que "me lo pensara bien..." Que hiciera "examen de conciencia". Que "me estaba equivocando" y que, en la próxima charla, le "dijera de nuevo si estaba dispuesta a irme realmente", que ella "tendría que rezar por mí muchísimo, que buena falta me hacía", que me veía "al borde del abismo".

Y así siguió y siguió hasta el hartazgo...

Recordemos que yo tenía 15 años, casi una niña. En mi caso, apenas se podía ver en mi cuerpo las huellas de una incipiente mujer.

3. LA SANTA COACCIÓN

Salí tan horrorizada aquel día de aquella larga y horrible charla que juré no volver más al club ni verle el careto a María.

Así que decidí desaparecer, y sencillamente, no me presenté a hacer la charla la semana siguiente.

Cuando llamaban por teléfono a mi casa tenía el corazón en un puño por si fuera María... buscándome. Así que, cuando yo estaba por allí, lo descolgaba, sin que mis padres se enteraran.

Un día, al salir de clase, me tropecé con el coche del club en la puerta de mi instituto y con María... ¡dentro!. Quería que la tierra se me tragara. Me iba el corazón a mil por hora. Ella me vio y enseguida vino hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja:

-¡Halma!, ¿qué ha pasado que no hay manera de localizarte? Nunca estás en casa... ¿Por qué no te presentaste a la charla el otro día?"

-Mira, -respondí secamente y con cara de pocos amigos- porque no te quiero ver, porque quiero que me dejes en paz, porque estoy cansada de tus historias y porque no soy "hija del demonio": Soy "hija de Dios."

Y, antes de darle tiempo a esbozar palabra alguna, ya me había ido corriendo sin parar. Los pies me daban en el trasero a una velocidad inusitada. Cuando llegué a mi casa me metí en mi habitación y me encerré. Le dije a mi madre que no me molestaran, que tenía un examen y que estaría estudiando. Me pasé toda la tarde llorando y atemorizada.

Durante las semanas siguientes, cuando sonaba el timbre de salida de clase, se me encogía el corazón: "¿Estará el coche esperándome fuera? ¿Qué hago si está? ¿Qué me puede pasar ahora?..."

Así que, al salir, escondida tras los alumnos que salían en tropel, escrutaba la calle, donde muchos días veía el coche terrible y siniestro y a María dentro, esperando que saliera...

Entonces, para evitar toparme con ella, salía por un hueco en la verja lateral de mi Instituto Graduado Mixto y me iba a casa lo más rápido que podía.

Al cabo de bastante tiempo jugando al ratón y al gato decidieron cambiar de estrategia.

RECONCILIACIÓN

La directora del club, Lola, que debía estar enterada de la situación, llamó a mis padres y les dijo que "había dejado de ir al club" y que "no sabía si es que me había pasado algo ni el motivo de mi ausencia total", que "debía haber habido un malentendido por algún motivo que ella desconocía" y que "si podía venir a nuestra casa para hablar conmigo..."

Mis padres, que no sabían nada, no vieron inconveniente y le dijeron que sí.

Cuando me comunicaron su conversación con la directora les dije que preferiría que no viniera. Pero que no me había pasado nada.

-Hija, , no pasa nada porque venga Lola a casa y habléis, además, ya le hemos dicho que podía venir. Pero si no quieres volver al club, pues no vuelves y ¡santas pascuas! Pero ahora no le puedes hacer el feo de decirle que no venga.

En realidad mis padres preferían que estuviéramos en el club antes que por la calle. Y, ya que a mi hermana no la habían podido convencer, no querían que a mi me pasara igual. Por eso, no pusieron pegas a que viniera la directora ni sospecharon nada de lo que me había pasado.

Así que vino.

Yo la recibí fríamente.

Me dijo que le enseñara mi habitación y mi madre me animó. Lola me cogió del brazo, de forma cariñosa pero firme y empezó a curiosear los libros que tenía en la estantería, haciendo comentarios sobre cada uno de ellos en voz alta -supongo que también sería una situación incómoda para ella... y supongo también que, de paso, se enteraba de lo que me metía en la cabeza con esos libros...-

Pronto me quedé sola con ella porque mi madre tenía que ir no sé dónde con mis tres hermanos. Entonces Lola sacó "el tema candente".

Yo estaba a la defensiva y agresiva así que empecé a soltar por mi boca todo lo que me carcomía. Yo pensaba que iba a hacerse eco de las palabras de María, que iba a corroborar sus acusaciones, sus hirientes palabras.

Sin embargo, Lola, lejos de eso, me escucho, me comprendió y, como buena conocedora de la psicología humana, me dio la razón.

Ahora creo que pensó para sus adentros: "es recuperable, iremos despacio"

- ...No eres del demonio, claro que no... eso es una tontería. Mira, eres libre, puedes hacer lo que quieras, me sabe mal que te quedes así de dolida. María se ha equivocado contigo porque, aunque con buena voluntad y por supuesto, sin intención ninguna de herirte, te ha dirigido mal. Tu no sabes lo que ella ha llorado estas últimas semanas... Te esperaba a la puerta del instituto para disculparse...Era la 1ª vez que llevaba charlas espirituales. Mi única intención viniendo a verte es que tu te quedes tranquila, que tengas paz y que no te devanes los sesos. Tu no tienes la culpa de nada, es más, yo creo que también hubiera actuado como tú en tu lugar...

Con esas y otras palabras de comprensión fue como, durante nuestro encuentro rompió la coraza que me había forjado.

Al despedirse, me dijo que podíamos hablar siempre que lo necesitara.

De cuando en cuando, aunque yo no se lo pedía, se desplazaba hasta mi pueblo si era necesario "para ver que tal estaba..." pues yo seguía sin ir por el club.

Poco a poco, se fue ganando mi confianza de nuevo -cosa que le costó su esfuerzo, he de decirlo- Pero, con encanto, mano izquierda y pericia, lo iba consiguiendo, entre otras cosas porque tuvo la suerte de que yo no fuera -ni soy aún en día- una persona rencorosa.

Al finalizar el curso académico, como yo ya no estaba tan temerosa hacia ella, me dijo que por qué no iba con ella a una convivencia con otras chicas de mi edad, que íbamos a hacer deporte, que había piscina y pista de tenis, que se iban a organizar excursiones y actividades lúdicas, que me iba a hacer bien después de la tensión provocada por el curso académico y "por todo lo demás", que íbamos a divertirnos, a relajarnos y a pasárnoslo bien.

Me lo decía siempre sin agobiarme y, por supuesto, se cuidaba mucho de no hablarme de vocación ni mencionarme volver al Opus Dei. Sabía que, si tenía el más mínimo fallo, si yo veía la más mínima sombra de abierta manipulación me echaría atrás inmediatamente.

Mis padres no querían que me fuera. Me había caído la química para septiembre y me habían apuntado a una academia de verano. (lo que no sé es ¡cómo no me quedaron más asignaturas pendientes!)

Lola habló con ellos:

- No os preocupéis que nosotros le ponemos allí un profesor particular.
- Si pero nosotros ahora mismo no disponemos de suficiente dinero para pagarle la convivencia.
- No os preocupéis tampoco por el dinero, si acaso pagáis lo que podáis este mes y el resto también cuando podáis, poco a poco."

...Y a mí me iba comiendo el coco con las actividades tan maravillosas que íbamos a tener y con lo bien que nos lo íbamos a pasar para que yo también presionara en casa...

DE VUELTA AL REDIL

Para qué decir que en aquella convivencia, lejos de mis padres, entre meditaciones, sesiones de deporte, charlas formativas, baños en la piscina y estudio yo era "presionada", de forma delicada, casi subliminal, a volverme a hacer del Opus.

Ni yo misma sé muy bien cómo fue realmente pero, si- como dicen en esta página web- tus problemas e interioridades personales son aireados y sabidos por terceros, el cura estaba cominchado, así como todas las que dirigían la formación.

En las meditaciones y charlas salía a menudo "providencialmente" el tema que me incumbía personalmente. Se me decía, a través de las meditaciones y charlas, que "esas frases que te

llegan al corazón son del mismo Espíritu Santo" que "es la forma delicada en que Dios se dirige a las almas": "¿qué quería? ¿que viniera Dios en persona a decírmelo cara a cara?".

Los primeros días se decían frases aquí y allá, que "sorprendentemente" ¡daban en el clavo!, "leves comentarios" en las charlas y en las meditaciones que parecían "fortuitas", "obra de la divina providencia" "susurros delicados que el Espíritu Santo te hace al oído".

Sin embargo, a pesar de todo, viendo que no reaccionaba, que no decía ni pío sobre la idea de volver, cuando casi había pasado ya la mitad de la convivencia, Lola me cogió a parte de nuevo "para charlar un ratito y ver que tal me iba".

Durante la conversación me sacó otra vez el tema de la vocación, ya abiertamente.

Me dijo que "a los que Dios más quería les hacía pasar las pruebas más duras" y que yo había obrado valientemente y con nobleza pero que "podía dar más". Que "no hiciera como el joven rico de la Biblia, quien, tras pedirle Jesús que le siguiera, se marchó triste con la cabeza gacha porque había dicho no a su vocación".

Entonces me bombardearon y bombardearon con toda su artillería pesada, Lola me dedicaba horas y horas, y me parecía que el tema salía hasta en la sopa: Dios me lo decía claramente, sin susurrar.

Puede resultar inverosímil, pero, cuanto más te repiten la misma mentira una y otra vez, más verdad te parece.

Así que, olvidando todo lo que hubo y fue -no me preguntéis cómo- después de mucho esfuerzo por parte de ellas, del cura y "del Espíritu Santo", dije que sí, que volvía a pitar.

Entonces Lola me dijo que "NO tenía que escribir otra carta". Que "todas las que había en la convivencia eran "de casa" y que aquello era el Curso Anual", un curso de formación que todas las numerarias hacen cada año.

Así es como suelen actuar en el Opus: diciendo verdades a medias y ocultando otras, según convenga y sin tener remordimiento alguno porque eso no es pecado.

Yo supongo que algo debieron decirles a todas sobre mi situación pues delante de mi nadie se saludó con el famoso "pax", al menos hasta después de que volviera a entrar en el redil. Pero no había caído en eso hasta ahora...

La alegría de la oveja descarriada que vuelve al redil o del hijo pródigo que vuelve junto a su padre, fue el resultado de jugar con la inocencia y juventud de alguien que, no niña, no mujer, casi nunca solía pensar mal de los demás.

NUEVOS CAMBIOS

A la vuelta de la convivencia Lola era mi directora espiritual. Para sorpresa mía María, mi primera directora espiritual, ya no vivía en el club: se había tenido que ir a otro centro "por motivos personales y familiares."

Lola también me dijo que ocultara mi pertenencia al Opus Dei a mis padres.

También decidió que el instituto público, donde había estado yendo hasta entonces, no me convenía. Me encomendó la tarea de convencer a mis padres para que me metieran en un colegio del Opus Dei.

Como mis padres no tenían dinero para costearlo Lola les dijo que no se preocuparan, que vería lo que se podía hacer. Unos días más tarde, Lola dijo a mis padres que el colegio había concedido media beca, por tanto los gastos se reducirían la mitad.

A mis padres les pareció bien ya que la empresa de mi padre debía subvencionar, por convenio, la otra mitad y, de esta forma, el colegio le salía gratuito.

Así me tenían bien cogida: en un colegio del Opus Dei. Al abrigo de tentaciones mundanas. Alejada de los chicos. Donde podía fácilmente ir a Misa todos los días. Bajo la tutela de profesores afines a la Obra. Era el lugar perfecto, un lugar donde no tenía que ir contracorriente. Allí seguiría los estudios de lo que entonces era 2º de BUP, 3º de BUP y COU.

Ya tenían la arcilla sobre la mesa y los instrumentos de modelar preparados.

INSENSIBLE, FRÍA Y CRUÉL

Así pasó el tiempo. Estando en casa de mis padres vivía como una numeraria adscrita convencida de que estaba haciendo lo correcto. Lo que quería Dios.

No tuve problemas en cumplir los 18 años perteneciendo a la Obra de Dios. En cuanto faltaron unas semanas para cumplirlos Lola me dijo que era el momento de descubrir la vocación a mis padres -engañados, ajenos por completo a todo-.

- Papá, mamá. Soy numeraria del Opus Dei desde los 15 años. En cuanto cumpla los 18 me voy a vivir al club con las otras numerarias.

Creo que mis padres se sintieron como si un jarro de agua fría les hubiera caído por la espalda, como si una apisonadora los hubiera atropellado.

Mi madre estaba destrozada, mi padre estaba desolado, mi hermana estaba sorprendida y mis otros dos hermanos eran pequeños - 10 y 12 años- y no entendían muy bien qué mosca me había picado para irme.

Mi padre me dijo que él mismo era del Opus Dei y que consideraba que era todavía muy joven e inexperta para levantar el vuelo.

He de decir, en honor a la verdad, que mi padre se fue del Opus Dei en cuanto yo me fui de mi casa para vivir en el club.

No es que no me importara que mis padres sufrieran, no es que fuera fría e insensible pero me tragaba mi pena, sin dar muestras de blandenguería ni de la menor sensibilidad. Me mostraba distante, fría y cruel. Casi sin escrúpulos.

Eso, a los ojos de mi madre, era sobretodo despiadado.

Me habían aleccionado bien durante todos aquellos años de lavado de cerebro: No iba a responder al dolor de mis padres "por que la Obra de Dios es lo primero".

Creo y confieso que, en aquel momento, si hubiera tenido que arrancarles el corazón de cuajo y comerme sus entrañas, por amor a Dios y a la Obra, por mi vocación, por mucho que yo misma lo sintiera y me repugnara, lo habría hecho.

La Obra crea mentes despiadadas, que no piensan ni sienten, el proceso lo explican muy bien en alguno de los documentos que podéis encontrar en esta web pero siento decir que no me acuerdo del título (quizás los amigos "orejas" puedan servirme de apuntador). Bien, pues esa "transformación" yo la sufrí en mis carnes.

DESCUBRIENDO NUEVAS NORMAS

Cuando me fui al club, seguí descubriendo "normas nuevas".

Hasta entonces Lola me había conducido bien, pero sin pedirme que comprendiera "demasiadas cosas".

Si en cualquier orden religiosa te informan de todas las normas que vas a tener que vivir, en la "Obra de Dios", te informan "a medida que estás preparada para ello".

Así es como la tuerca llega a introducirse en el tornillo, poco a poco, con pequeñas vueltas, hasta que esta lo abraza de tal modo que es difícil que este se libere, ni siquiera que se mueva ni un milímetro sin permiso de la tuerca.

En mi primera noche allí, fui informada de que las numerarias dormían con tabla y una sencilla manta doblada encima de la misma haciendo las veces de colchón. También que una vez a la semana se dormía sin almohada y se ofrecía ese sacrificio por las demás "de casa", era lo que llamaban estar "de guardia".

Además, no podía tener foto alguna de los miembros de mi familia de sangre "porque eso sólo me haría daño".

Más adelante Lola me dio una bolsita con un cilicio y las disciplinas.

Para los que no han sido del Opus ahí va la explicación:

El cilicio es como una especie de collar de perro de presa, de esos con pinchos, pero no tan basto. Te lo atas en la parte superior de la pierna, alrededor de la ingle y te sientas a estudiar o haces lo que tengas que hacer como si no llevaras nada, poniendo buena cara. Luego, cuando te lo quitas, se te quedan las marcas de los pinchos en la piel, que sangran un poquito. Cada vez te lo pones en una pierna para que las heridas se vayan curando. Por eso las numerarias llevan los bañadores con faldita o con las perneras bajas. Así no se les ven las heridas.

Las disciplinas son una especie de flagelo con el que te azotas una vez por semana, más fuerte o más flojo, según tu generosidad, mientras rezas una salve.

Cuando Lola me dio eso me escandalicé y le dije que "¡ni hablar del peluquín! ¡Que yo no me ponía eso!, ¡que eso no era ser cristianos corrientes sino de la Edad Media!"

Al final, también acabé cediendo...

...Otra pequeña vuelta de tuerca que ahogaba un poco más mi voluntad y mi entendimiento,

otra vuelta que me anulaba un poco más como persona.

PONER TIERRA POR MEDIO

Con 18 años acabé COU en el colegio de la Obra. Ya vivía en el Club dejando, en el pueblo de al lado, a una familia rota y destrozada.

Mis padres no me daban un duro: me seguían pagando el colegio porque su empresa le daba la mitad correspondiente pero ni una peseta más. Me dijeron que pensaban que me equivocaba. Que, si tomaba la decisión de emanciparme, me las tendría que apañar económicamente.

Sabían que todo dinero que me dieran no iba a ser para mí, por lo tanto, si me lo negaban, no era para castigarme por mi decisión. En ningún momento me cerraron las puertas de su casa, me decían que me querían, me decían que si los necesitaba ellos estarían ahí.

Mi padre sabía que oponerse de lleno a mi vocación sería contraproducente: era la excusa que esperaban en el Opus Dei para cortar de raíz TODO CONTACTO. -Quizás esta reflexión ayude a algunas personas-.

Así mis padres estuvieron conmigo en la fiesta de fin de curso en el colegio y venían a verme cuando se hacía alguna actividad a la que podían asistir padres de alumnos.

Cuando acabé COU y pasé la selectividad, Lola me llamó para hablar de mi futuro profesional. Le dije que quería hacer filosofía y letras. La especialidad que yo quería hacer no estaba en la universidad de Ciudad del Monte sino en otra capital de provincia a unos 180 o 200 km de Ciudad del Monte.

Ello suponía un cambio de ciudad. Eso debió de gustarles porque me separaba de la posible influencia que todavía pudieran ejercer mis padres sobre mí.

El Opus Dei tiende a separar a sus miembros de su familia de sangre porque "los apegos", dicen, "son malos". Hay que entregarse enteramente al servicio de la Obra, por eso los únicos retratos que se ven en los centros son los de la familia consanguínea de su fundador -en la parte privada, claro está- a los que todas llamábamos "la abuela" y "el abuelo", "tía Carmen"... Porque ahora "mi familia" era otra.

Por eso, si te vas de tu casa y te peleas con tu propia familia por causa de tu vocación, a los del Opus Dei les tiene sin cuidado. Es más, creo que lo prefieren porque así te tienen agarrado por más lados -aunque te pasen la mano por el hombro y se compadezcan de tu dolor, en el fondo les da igual-. Si te peleas con tus padres te engañan diciendo que "es sinónimo de ser más querido por Dios y de que vas por el camino verdadero."

Mis padres en ese sentido fueron muy avisados y no se opusieron de lleno a mi vocación sino que, aún diciéndome que me equivocaba y que no compartían mi opinión, siempre iba a encontrar la puerta abierta para volver a casa cuando quisiera.

Así pues, me fui de a vivir a otra ciudad. Allí es donde empecé mi carrera. Dejé todo atrás, abandoné padres y hermanos, plenamente convencida de que lo hacía para servir a la Obra y que mi generoso ofrecimiento se vería recompensado algún día por Dios.

4. EL CENTRO DE ESTUDIOS

Empecé a vivir en un "Centro de Estudios" del Opus Dei.

Cara a "los de fuera" es un Colegio Mayor. Si alguien "de fuera" va a pedir plaza se le dice que está completo y, se puede dar el caso que se enseñe la "parte visible" del mismo. Su aspecto es agradable y bastante lujoso, el nuestro estaba situado en el corazón de la ciudad, tenía un montón de plantas e incluso una piscina.

Por supuesto, me dijeron que debía pedirles a mis padres el coste de mi estancia.

- Mamá, papá ¿cuánto dinero me podréis dar para que estudie en Puerto del Sol?

- Nosotros dinero no tenemos para que estudies fuera. Si te vas tendrás que apañártelas como puedas. Nos es imposible soportar esa carga económica."

Sin embargo, tras negociar con ellos, logré el mismo patrón que para el Colegio del Opus Dei en Ciudad del Monte: la mitad con beca y la otra mitad pagada por la empresa de mi padre.

En ese "Centro de Estudios" o "Colegio Mayor" tenía que continuar mi formación (o mejor deformación) durante dos años.

Toda numeraria debe pasar por esa etapa de instrucción antes de poder formar a las demás.

Aquello era como estar en la mili:

- A las seis de la mañana en pie, viviendo "el minuto heroico". Esto consistía en levantarte de un bote, sin remolonear, besar el suelo y hacer el ofrecimiento de obras a Dios de tu día.

Aseo en silencio: "porque ibas a recibir poco más tarde a Dios en la Santa Misa y tenías que prepararte para ello diciéndole cosas de enamorada al Señor" desde que abrías los ojos por la mañana hasta que comulgabas.

Forma de asearte: con una refrescante, tonificante ducha fría, -pero fría, fría, en verano y en invierno- Es un sacrificio que te ayuda a mantener a raya las "cosas sucias" que te pide el cuerpo.

- 6'30, limpiar la zona del Centro que te correspondía -a veces la escalera, a veces la entrada, etc, según te encomendaban.

- 7'00 a.m. Media hora de oración dirigida por un sacerdote

- 7'30 a.m. Misa y Comunión

- 8h a.m. Desayuno

- Después Trabajo, Universidad o cada cual lo que tuviera.

- 14'30 comida en familia. Las numerarias auxiliares (= criadas) te sirven todo recién hecho y calentito. Normalmente van con cofia blanca y delantal y no suelen dirigirse a los que sirve. Luego, no quitas la mesa porque de eso se encargan las auxiliares.

- Todos los días, después de comer, media hora o tres cuartos de tertulia en familia en el salón -era "voluntariamente" obligado asistir salvo dispensa de la directora del centro-. Allí se hablaba de El Padre (Alvaro del Portillo), de Nuestro Padre (Escrivá de Balaguer), de anécdotas "de casa", se cantaban canciones "de casa", etc.

- Después, apostolado, estudio, visitas a pobres... y también cumplir el resto del "plan de vida", según te organizaban tu horario en la charla semanal. Que yo recuerde,

- Otra media hora de oración por la tarde,

- Rosario, (en familia a ser posible, después de la tertulia),

- 15 minutos de lectura espiritual del libro que te aconsejaran. Podían ser las "cartas del padre" o de escritos internos que recogen la manera de vivir "el espíritu de la obra" y que no conocen "los de fuera". La directora del centro, cada noche los guardaba bajo llave en un armario al terminar el día. Recuerdo que una noche un libro de estos no estaba y nos hicieron levantar a todas para dar explicaciones y buscarlo.

- Recitar las Preces, una oración privada que sólo recitan los miembros del Opus Dei. Es una "oración de familia" que "los de fuera" desconocen.

- Visita al Santísimo

-A las 9'30 se cenaba en familia -todas debíamos estar en el centro a esa hora-

- A las 10'00 p.m. una segunda tertulia familiar presidida y dirigida por la directora del centro, hasta las 11h menos cuarto.

- A las 11'45 p.m., en silencio, recogiendo los sentidos, nos levantábamos todas para ir al oratorio y hacer examen de conciencia.

- 12 o 12'15 p.m. intentar dormir en las camas de fakir o no dormir -como era mi caso- si te tocaba "noche de guardia". Esa noche, como ya he dicho, se dormía sin almohada y lo ofrecías a Dios por todas las de tu Centro.

Además también estaba:

- La charla semanal con tu directora en la que ejerces la "sinceridad salvaje" contando todo, todo, todo. Hasta los pecados, "aunque no sea obligatorio" "porque la mejor manera de ayudarte es que te dejes ayudar". En esa charla te dan uno o varios "consejos" concretos y precisos de los que tendrás que hablar en tu próxima charla.

- Confesión semanal con sacerdote de la Obra porque "los trapos sucios se lavan en casa" y porque "los curas que no son del Opus Dei son malos pastores para ti".

- Una vez al mes un día de retiro espiritual en el que no hablas con nadie, excepto con el cura y tu directora. Durante el mismo, recibes más meditaciones y charlas.

- También un viernes de cada mes se exponía el Santísimo toda la noche. Ponían una lista para que supieras a qué hora tenías que ir al oratorio. Funcionaba con relevos: la que estaba en el oratorio, cuando acababa su turno, despertaba a la que tenía que sustituirla que se levanta-

taba, vestía, maquillaba y arreglaba para ir al oratorio los quince o veinte o treinta minutos que le correspondiera. Y así hasta la hora de la Misa. También esto era "voluntario"-obligado.

En el Centro de Estudios o Falso Colegio Mayor los fines de semana y durante las vacaciones de verano recibías clases y charlas de todo tipo:

- Clases presenciales y prácticas de: cómo doblar un calcetín, quitar el polvo de una habitación, la manera de limpiar unos zapatos, de planchar una camisa, coser un botón, colocar la ropa en el armario, quitar una mancha de cera en un vestido...

Según ellas "todo está estudiado y para todo hay una manera de hacer "mejor las cosas, incluso las más pequeñas". Era así como había que hacerlo porque "otros que saben más que tú" lo han estudiado y han llegado a esa conclusión.

- Charlas sobre vida interior y espíritu de la obra. Cada vez un tema distinto - fe, pureza, fraternidad, fortaleza, alegría, espíritu de sacrificio...-

- Clases de teología, filosofía, moral, mariología... dadas por el sacerdote o por alguna numeraria que hubiera estudiado Teología en la Universidad de Navarra. Los contenidos se dividían en asignaturas. Decían que "estábamos haciendo la carrera de teología". Por eso nos hacían exámenes y controles escritos. Me pregunto, si es así, dónde estará mi expediente.

Además de todo esto, tenías que sacar tiempo para estudiar y sacar buenas notas. En mi caso, muchas veces tenía que pedir permiso para quedarme a estudiar hasta la una o las dos de la madrugada porque no tenía suficiente tiempo.

VIVIENDO CONTROLADA: TU VIDA PERTENECE AL OPUS DEI

En esas condiciones, no puedes pensar por ti misma. Tienen tu mente ocupada el 100% del tiempo en el estudio, el apostolado, las charlas, las lecturas, las meditaciones...

Recuerdo que siempre estaba muerta de sueño. No podías ir a la cama o levantarte cuando querías. Ni siquiera los domingos o los sábados, ya que también había una hora preestablecida (normalmente una hora más tarde de lo habitual).

Entre las vigiliias una vez al mes, la noche sin almohada, la cama de fakir, horarios predeterminados para todo y las horas extras nocturnas para estudiar... era una zombi viviente. Pero como "no estaba enferma" no había motivo para permitirme dormir un poco más.

En todas mis acciones me sentía observada constantemente. En el "Espíritu de la Obra" viene recogida lo que llaman "corrección fraterna": "En casa nunca nadie va a ir diciendo nada de ti por detrás, todo se te dirá a la cara"

(Yo no sabía entonces que mi charla semanal, todo lo que yo contaba en confidencia era puesto a la luz a terceras personas en el consejo local y con el sacerdote, para pensar una mejor estrategia de control sobre mi, eso no se me decía a la cara)-

Así era como te corregían, después de consultar a tu directora espiritual:

Tu "hermana" te llamaba a un lugar parte y discretamente te corregía por cosas como me dijeron a mí: "morderte las uñas mientras rezas es falta de sacrificio", "tienes la letra muy grande y

utilizas demasiadas hojas de papel lo cual es falta de pobreza" "te ríes de forma escandalosa cuando se han contado chistes y eso no es de buen tono". (...¡jo!, para una vez que te ríes a gusto y de forma no forzada!)

A esas correcciones no podías responder nada que no fuera un "gracias" que te llenara la boca y una gran "sonrisa profident"

A base de muchas correcciones de este tipo, -en mi caso en un día podían ser hasta cuatro- cuando actuaba, nunca estaba segura de haberlo hecho bien, siempre algo temerosa de haber metido la pata, hasta en mis actos más espontáneos y cotidianos.

La libertad se ve coartada hasta límites que ni tú misma sospechas. El lavado de cerebro es intenso. No tienes tiempo de pensar ni en lo que te ocurre ni en cómo te ocurre. El leer "Mi Pesadilla En El Opus Dei de Sharon Clasen" me ha ayudado a analizar este proceso.

Controlaban todo lo que leía. Me prohibieron leer muchas de las lecturas obligatorias en mi primer año de universidad. Si lo había, me daban un dossier crítico del libro. Este estaba escrito por "alguien de casa que tiene más formación que tú y a quien no le puede hacer daño su lectura porque está más preparado". Y si no había dossier tenía que rezar a Nuestro Padre para que no me saliera esa lectura en el examen o el Espíritu Santo me iluminara.

Leían mi correo personal antes de que yo lo leyera y me entregaban sólo aquellas cartas que no consideraban "dañinas para mi salud espiritual".

Por la mañana temprano la directora del centro dejaba el periódico del día al alcance de todas. Era el único ejemplar "autorizado". Estaba mutilado aquí y allá. La directora, tijera en mano, se encargaba de amputar al ejemplar "aquellas noticias que no nos iban a aportar nada interesante" o que "podían hacer daño".

Tenía que apuntar en mi agenda todo el dinero que me gastaba y en qué me lo gastaba y eso se lo debía decir también periódicamente a mi directora espiritual cuando tocábamos el epígrafe "Pobreza" en la charla semanal.

Si quería o necesitaba comprarme algo, antes, debía pedir permiso.

Vivía una pobreza férrea. No creo recordar que en aquella época me comprara nada superfluo: mientras fui del Opus Dei no me comí ni un chicle -que me hubiera comprado yo-. Sólo gastaba en fotocopias, pasta de dientes y poco más.

Cuando pedía algún dinero, si no era una cantidad "de bolsillo" - doscientas o trescientas pesetas- tenía que justificar en qué me lo iba a gastar y si consideraban que no era necesario no me lo daban. (Las doscientas o trescientas de bolsillo también se justificaban, no te vayas a pensar... Esta semana he gastado: "95 pesetas en autobús el lunes", "45 pesetas en fotocopias el miércoles", "100 pesetas en desodorante el jueves"...)

Si me hacían algún regalo tenía que entregarlo a dirección, quien disponía de él.

No tenía nada mío.

Ni siquiera eran míos mis pensamientos. Tenía la impresión de que mi alma estaba desnuda y expuesta.

Lo sabían todo, absolutamente todo de mí.

Era una autómatas. Hacía y actuaba siempre como me decían que lo hiciera. Si no era así, en la charla se encargaban de crearme mala conciencia y culpabilidad, eso sí, "eres libre de hacer lo que quieras", "en el Opus Dei nadie te obliga a nada." -Pero, sabes que, si no haces lo que dicen, estás "obrando con mal espíritu" y "vas por mal camino"-.

No podías hablar con otra numeraria de otra cosa que no fueran pájaros y flores. Nunca hablábamos de nuestra familia de sangre ni sobre nuestros problemas personales y/o espirituales ya que sólo podía aconsejarte tu directora y el cura del Opus Dei.

Una vez se me escapó algún comentario delante de otra numeraria que me corrigió "fraternamente" de inmediato.

Siempre estaba cansada físicamente y agotada mentalmente.

Cuando lo comentaba en mi charla mi directora espiritual nunca le daba importancia.

Pronto empecé a sentirme deprimida, triste, con ganas de llorar, y muy cansada. Parecían no darse cuenta de lo que me pasaba.

Hay que vivirlo para entenderlo.

5. EL MUNDO REAL Y EL CARIÑO DE MIS PADRES

Pero ocurriría algo imprevisto, algo providencial: mis muelas del juicio empezaron a salir, torcidas, y me empujaban toda la dentadura hacia fuera. Me dolía muchísimo toda la boca.

Querían que mis padres me dieran dinero para llevarme a un dentista en la misma ciudad donde estaba el Colegio Mayor. El dentista era de la Obra, por supuesto, así todo queda en casa.

Sin embargo, mis padres se negaban a soltar ni un duro:

-Nosotros tenemos un dentista aquí donde vivimos que es nuestro dentista de toda la vida y no nos agobia para pagar. Le pagamos cuanto y cuando podemos.

- Pero el dentista que conocemos también os dará facilidades -les decía la directora-.

- Nuestra hija es mayor de edad y puede hacer lo que quiera con su vida siempre que sea feliz... Si ha elegido esto, pues alabado sea Dios, nosotros no nos oponemos. Ahora bien, mientras dependa económicamente de nosotros, también seremos nosotros quienes decidamos a qué dentista debe ir y qué dentista queremos pagar.

La directora del centro puso pegos y más pegos. No querían que me desplazara a casa de mis padres.

Pero a mí me dolía mucho la boca. Les pedí que me dieran un voto de confianza y al final, quizás viendo que no iban a sacar ni un duro de mis padres, la directora cedió.

Así fue como empecé a ir a casa de mis padres una vez cada quince días. Siempre me acompañaba una numeraria y nunca me dejaba sola ni sol ni a sombra:

Llegamos por la mañana o por la tarde, según la hora de consulta, íbamos al dentista, dormíamos en casa de mis padres y al día siguiente nos volvíamos en tren al Colegio Mayor.

Durante esos viajes me fueron arrancando sucesivamente hasta 8 muelas.

Entre este proceso doloroso y el ritmo de vida estresante y encorsetado del que he hablado yo me iba debilitando cada vez más.

Pronto se acabó el curso académico. No sé cómo, conseguí aprobar todo y con buenas notas.

En verano organizaron una convivencia de chicas de San Rafael. Me "sugirieron" que invitara a mi hermana. Así lo hice. Mis padres y mi hermana aceptaron, con reservas y sin ganas. Pero lo hicieron para que viera que mi familia no me había olvidado y que me seguían queriendo. Para que vieran que, no tratándose de dinero, ellos estaban dispuestos a hacer concesiones.

A la vuelta de la convivencia el autobús paraba donde vivían mis padres y donde mi madre había ido a recoger a mi hermana. Cuando llegamos bajé para saludarla y para despedirme de mi hermana. Mi madre me dijo de sopetón, antes de que pudiéramos cruzar palabra:

"-¡Hija!, ¡dime!, ¿quién es "la que manda aquí?!" . Yo se lo indiqué. Resultó ser la que me solía acompañar cada vez que tenía que ir al dentista.

Mi madre, sin decirme más, se fue directa a ella y se puso a hablarle. Yo no la oía pero luego supe que le dijo que bajaran mis maletas que "su hija" se iba a quedar unos días en "su casa". Le dijo que como yo tenía dentista dentro de dos días, que me evitaría un viaje. Le dijo que no me iban a raptar ya que yo era mayor de edad y que después del dentista ya me volvería otra vez para el Colegio Mayor.

No sé cómo lo hizo, debió de coger a aquella desprevenida o quizás temía que la determinación de mi madre la llevara a montar en cólera y espantara a las chicas de San Rafael (=posibles candidatas al Opus Dei)

El caso es que vino con mi maleta en la mano diciéndome:

- ¡Ale! ¡Hija! ¡Vamos para casa que te quedas unos días con nosotros!, hasta que tengas dentista, ¡luego te vuelves si quieres, que nosotros no te vamos a retener!

- ¡Pero mamá, yo no puedo hacer eso así!

-¡Vaya que no!, ¡hemos dejado que tu hermana fuera contigo a esa convivencia a pesar de los pesares, y ahora tú nos tienes que dar el gusto de quedarte con nosotros unos días! ¡que nosotros también tenemos ganas de tenerte!.

Me agarro fuerte por el brazo, con firmeza de madre, me miró con ojos brillantes, decididos... Y no me pude negar.

Estando en mi casa, después de arrancarme otra muela, me cogió además una infección de garganta y lo que iban a ser dos días en mi casa, a solas, con mis padres y hermanos, se con-

virtieron en diez.

Esos diez días me sirvieron para reponerme, físicamente, durmiendo en mi cama mullidita. Y lo más importante, pude sentir el cariño de una familia de verdad, que me quería, sin doblez ni tapujos.

No me forzaron, no me intimidaron, no se opusieron. Yo habría reaccionado muy mal. Solo me hacían sentir, con hechos, que ahí estaban ellos si algún día me arrepentía. Que ellos no me dejarían tirada, que siempre sería su hija. Que el día que no fuera feliz me podía volver para casa.

DE VUELTA AL COLEGIO MAYOR: ¿LA VERDADERA FAMILIA?

A mi vuelta: De nuevo el ritmo trepidante, agobiante. El ambiente familiar del Opus Dei empezó a resultarme artificial, hueco, sin sentido. Empecé a tener más y más dudas que sólo conocía mi directora espiritual.

En mi caso, sucedió algo que colmaría el vaso de mi paciencia.

Mi directora espiritual, "que cuida de ti como una madre, ocupándose de lo espiritual y de lo humano", decidió que me hacía falta ropa nueva. Me dijo que llamara a mis padres para que me dieran dinero

¡Ah...! ¡Sí!. ¡Así son las cosas en la Obra de Dios!...

"Dinero por aquí!
Dinero por allá!
¿tu lo has visto?
Si lo hay,
¿dónde está?..."

Mis padres, una vez más me dijeron que no me daban ni un duro, que si necesitaba ropa que venían a la ciudad donde yo vivía y me la compraban ellos mismos.

Así que mis padres se tragaron el viaje de dos horas de ida y dos de vuelta, dejando a mis hermanos solos en casa, para venir a comprarme la ropa.

Me fui con ellos a unos conocidos grandes almacenes de la ciudad con la lista de ropa que había confeccionado mi directora espiritual y que, según ella, me hacía falta.

Me compraron todo lo que ponía en el papel. A mi gusto, según mi estilo personal. Se gastaron 50 o 60 mil pesetas de la época en faldas, blusas, zapatos, cinturones y no sé qué más.

Recuerdo que mi madre me dijo antes de despedirse:

- Hija mía, a mi no me duele el dinero. Lo que siento mucho y me duele en alma es que esta ropa que te hemos comprado no va a ser para ti, que esa ropa no te la vayas a poner tú. Te la van a quitar y se la darán a otra. (Al haber sido mi padre del Opus Dei ya sabían de qué iba la cosa...).

Me dio muchísima pena de mi madre, porque sus ojos estaban tristes, de verdad. Pero, como está mandado, hay que defender a la Obra a capa y espada, incluso enfadándote, si hace falta:

- Pero mamá... ¿!Cómo me lo van a quitar!?. En la Obra la individualidad prevalece, ¡eres libre de elegir tu aspecto exterior, no te obligan a nada!. Permiten a cada una llevar su propio estilo. Defienden la variedad. Además, si yo quiero, va a ser para mí. Mira, mamá, en la obra vivimos la pobreza y el desprendimiento, no tengo apego a esa ropa, si tuviera que desprenderme de ella lo haría. Pero, como excepción, me la voy a quedar, sólo para demostrarte que en la obra ¡somos libres!.

He de decir que yo estaba convencida de que lo que estaba diciendo era así, pues así me lo habían repetido muchas veces.

Cuando llegué, subí a mi habitación y colgué la ropa en mi armario.

Vino mi directora espiritual y me dijo que tenía que entregar esa ropa. Le dije que no estaba apegada a ella pero que era la ropa que quería llevar, que me gustaba, que iba con mi carácter y personalidad -dentro del margen impuesto en la forma de vestir del Opus Dei-.

Me insistió. Le dije lo mismo. Me volvió a insistir, también yo.

Y, entonces, viendo que yo estaba encabezada, descolgó toda la ropa nueva de mi armario y se la llevó sin más, por la fuerza.

Vino para darme otras faldas y otras cosas que debían tener guardadas desde el año catapún. Dije que yo "eso" no me lo ponía y que estaban abusando de su autoridad.

6. SE ME CAE LA VENDA DE LOS OJOS

Ese fue el detonante.

No fue la ropa en sí: fue el descubrir que mi madre llevaba razón. Que mis padres llevaban razón desde el principio. Fue el descubrir que en la Obra me habían contado una mentira tras otra y que me las había tragado todas. Fue descubrir que habían estado jugando con mi inocencia.

Así fue como empecé a verlo todo con recelo y a pensar en cosas que me habían dicho mis padres durante esos diez días: "hija, tu piensa que lo que no da paz no es de Dios". "Si en algún momento te falta paz interior es que eso no es para ti". "Si no te da paz no es bueno para ti -aunque pueda serlo para otros-"

Y se me cayó la venda. Y empecé a pensar. Y empecé a ser crítica. Y me empezó a repugnar la vida falsa y hueca que llevaba allí.

Me daba asco todo lo que se decía en las meditaciones, charlas... me sonaba a falso.

Empecé a revelarme:

En la charla lloraba y lloraba y lloraba. No perdoné a mi directora espiritual lo de la ropa: nadie estaba en posición de meterse dentro de mí y saber si era apego insano. Les debía bastar con mi palabra.

Lo que me dolió de verdad fue descubrir que en la Obra sí te obligan y te coaccionan a hacer lo que no quieres.

(Supongo que, con esa ropa, pagada por mis padres, tenían pensado vestir a todas las del Colegio Mayor sin que yo rechistara, siempre sumisa, callada, moldeable, siempre rindiendo mi entendimiento ante sus explicaciones, siempre aceptando y asumiendo que, lo que yo veía claramente "blanco", fuera "negro" -o a la inversa-. Sencillamente porque así me lo decían.)

Empecé a ver a mi directora espiritual de otra forma. Ante mí había perdido toda credibilidad.

Le decía a mi directora al derecho y al revés, en inglés, en portugués, en alemán, en chino, en francés... que me quería ir, que no tenía vocación, que eso no era para mí, que no estaba a gusto...

Mientras, ella se quedaba ahí parada, mirándome con ojos inexpresivos, viéndome sufrir, sin hacer nada, sin una palabra de aliento, sin piedad -la misma frialdad, glacial, que yo tuve con mis padres el día que me fui de su casa-. Se limitaba a decirme que lo que necesitaba era "unos días de descanso y un buen psiquiatra."

Yo le decía abiertamente que yo le importaba una mierda (perdón por la expresión) a ella y a todo el Opus Dei. Que no eran mi familia porque una buena familia arropa, cobija y comprende a sus miembros siempre. Que todo me sonaba a hueco, que nada tenía sentido...

Empecé a dejar de hacer aquello que me repugnaba: duchas frías, cilicio, disciplinas... Por supuesto, inmediatamente, dejé de hacer apostolado: ¿cómo iba a traer a mis amigas a un sitio tan horrible?. Si no lo quería para mí tampoco lo quería para ellas.

Me dijeron que procurara "que no se me notara la crisis", "que intentara hacer lo que hacían todas" "que sonriera"...

Eso era todo lo que les preocupaba: Que las demás no lo supieran. Mientras, me dejaban sufrir y sufrir, retorciéndome, entre dudas y angustias que uno tiene que pasar para comprender.

Está claro cuánto les importaba yo.

Muchas veces urdía en mi mente un plan para escaparme, claro, tenía que ser con lo puesto pues a la entrada del colegio siempre había una cogiendo los nombres de las que entraban o salían y a dónde iban.

Mi sufrimiento parecía ser indiferente a todas.

Como me mantenían en ascuas, en un estado anímico deplorable durante días y semanas, como no me daban su bendición para irme o para quedarme, como estuve sola, abandonada, obviada durante largo tiempo, empecé a dejar de usar "el vocabulario" del Opus Dei. Mi psique me pedía utilizar mis propios términos. Términos en los que se hacía patente el distanciamiento que estaba experimentando hacia todo lo que fuera Opus Dei. Así la Obra dejaba de ser algo mío:

"Escrivá de Balaguer" en vez de "Nuestro Padre"
"Alvaro del Portillo" (ni siquiera era ya "Don") en vez de "El Padre",
"en el Opus Dei", "del Opus Dei"... en vez de "en casa", "de casa"...

Fue entonces que empezaron a sonar las alarmas entre las directoras: ya no estaba dispuesta a seguir disimulando ante mis "hermanas".

7. MI SALIDA DEL OPUS DEI

A mi directora empecé a cogerle una especie de tirria indescriptible y se lo decía a la cara. Así que me cambiaron de directora espiritual.

Me pusieron a Mari Mar, ella era más blanda y comprensiva. Ahora, con la madurez de los años, creo que eso también fue una estrategia para que no me fuera rebotada y empezara a despotricar del Opus Dei una vez fuera. -Eso también lo consiguieron-.

Al final, me dieron la bendición para que me fuera. De todas formas, yo lo tenía decidido. Me la hubieran dado o no, yo me iba. Además, con la conciencia tranquila.

Jesús era el único que me escuchaba y me comprendía durante las largas horas de oración que pasé aquellas angustiosas semanas de soledad absoluta, rodeada de tanta gente ajena, las que decían ser "mi familia".

Cuando me fui no me dejaron despedirme de nadie. Me fui por la puerta de atrás, de puntillas, en sigilo. Lo feo se ha de esconder, se ha de tapar, se ha de ocultar. Allí todo es bonito y si no lo es, ¡pues se maquilla y arreglado! ¡que para atraer o retener a las almas todo vale!

Años más tarde, ya casada, me encontré, por casualidad, con una amiga de la época a quien yo solía llevar por el Colegio Mayor. Me dijo que le fue imposible contactar conmigo porque nunca le informaron de mi paradero. Se limitaban a decirle que "me había ido y que no sabían qué había sido de mí".

Borrarón toda huella, todo trazo de mi paso por allí y ¡si te he visto no me acuerdo!. Ni una llamada de las que tanto me querían. Ni una palabra de aliento de las que "se hubieran dejado cortar un brazo por mí".

Nada.

Ni el más mínimo interés.

Silencio absoluto desde entonces hasta hoy.

Después, me enteré que, tras de mí, se salieron muchas más... Unas se fueron, a otras las echaron.

Es verdad, no todo el que se va del Opus lo hace por su propia voluntad. A algunos, como a mi amiga Virginia, la echaron. Después de hacerle creer durante años que tenía vocación, le dijeron que se fuera. No sacaba buenas notas. "El Opus Dei no era lo suyo". La devolvieron a su madre, descentrada y alienada... después de haberle robado la adolescencia, vaciado de personalidad y despojado de su dignidad. Tampoco ella recibió apoyo o consejo. En Opus Dei las cosas funcionan así: te exprimen hasta que no te sacan más jugo, luego, si no sirves, te desechan.

Si te dicen lo contrario mienten.

Tal vez ahora, tu que estás dentro, que eres afín, ahora que lees esto, te echas la manos a la

cabeza: es algo que tu mismo/a deberás descubrir, por suerte o por desgracia.

DE NUEVO EN EL MUNDO REAL

Cuando volví a mi casa no tenía amigos. No sabía nada del mundo. Me escandalizaba todo: la televisión y el cine especialmente. Recuerdo que la primera vez que fui al cine, después de años, con mi hermana y su pandilla. Vimos "Pretty Woman". !Me tiré toda la película con los ojos cerrados, rezando y desagraviando a Dios;

Empecé a ir con mi hermana y sus amigas y amigos. Pero eran más inmaduros... y me sentía un poco desplazada.

Me habían robado mi adolescencia y ahora, siendo una adulta de 20 años, no sabía quién o qué era yo exactamente. Estaba como un pulpo en un garaje, como un pez fuera del agua, como un explorador sin brújula.

No había nadie de la Obra, en cuyas manos puse mi vida, nadie para escucharme, nadie para entenderme, nadie para darme un consejo, sola, conmigo misma, con mi propia realidad.

Una vez instalada en casa de mis padres, me vi en la obligación de llamar a Lola, a quien profesaba un gran cariño y admiración, para decirle que ya no era de la Obra, que había descubierto que no tenía vocación.

Lola me había visto crecer espiritual y físicamente. Durante tres años estuve abriéndole mi alma de par. Me costó despedirme de ella cuando tuve que irme al Colegio Mayor. Lo que sentía por esa persona es ese tipo de aprecio, consideración y estima que sólo es posible fraguar durante la adolescencia y que muchas veces se mantiene y se dilata hasta la edad adulta.

Lola me dijo, como era de esperar, que "contara con ella para lo que fuera", que "quién mejor que alguien del Opus Dei me iba a entender", que "la llamara cuando quisiera o cuando lo necesitara".

Sin embargo esa persona a la que, como he dicho, estimaba y apreciaba como se quiere a una amiga, hermana o madre me infligió la peor y más vil de las decepciones y desengaños que yo recuerdo.

Contradiciéndose, faltando vilmente a su palabra, nunca estuvo disponible cuando la necesité. Cuando la llamaba por teléfono nunca era buen momento para atenderme, siempre había algo más importante y urgente.

Ni siquiera me atendía ella: "...lo siento, está ahora mismo está muy ocupada" "No está en el club en estos momentos..." "Es el día de retiro...llama mañana si quieres..." "llamas en mal momento, está rezando el rosario..."

Ya no venía a mi casa "para ver que tal estaba" como había hecho antaño. Y, por supuesto, tampoco se permitía perder unos minutos para ponerse al teléfono.

Mi madre me decía:

-Halma, hija, desengañate. Tu ya no le convienes. Ya no eres bienvenida. Su amistad, si la hubo, que lo dudo mucho, era totalmente interesada, era para captarte.

Aunque tardé un tiempo -no podía, no quería creerlo- acabé por aceptarlo: Lola ya no era mi amiga. Debía dedicar su tiempo a labores más "rentables" para esa "Obra de Dios". Mi madre tenía razón una vez más.

Me dolió descubrir que hasta la amistad es hueca y falsa en el Opus Dei - no dudo que haya honrosas excepciones-. Yo me sentí estafada, engañada y defraudada.

Quizás sea un ejemplo un poco burdo pero sirva para el caso. Me sentí como a quien le venden una casa con piscina, barbacoa, pista de tenis, chimenea, todo con materiales de altísima calidad, con los mejores acabados y concebida por los mejores arquitectos a un precio casi desorbitado para acabar descubriendo que hay defectos graves en la estructura, que los materiales son de calidad media tirando a baja, que la piscina tiene una enorme grieta y hace aguas, que la chimenea y la barbacoa son un trampantojo dispuesto con gran pericia y la pista de tenis es una zona común debiendo pagar por usarla. Pero, además de que no te devuelven ni el dinero ni el tiempo invertido, no puedes reclamar en ningún lado.

No me hizo falta la amistad de nadie. Tuve la suerte de tener una familia muy buena y paciente: hay personas que salen tras haber roto los lazos con su familia de sangre. Hay también personas que salen y en su familia son todos del Opus Dei... (me alegro de que al menos ahora se puedan desahogar en esta web.)

El segundo curso de mi carrera, ya fuera del Opus, recuerdo que el hecho de ir a la Universidad e ir a Misa diaria me ayudaban a pasar los días un poco mejor.

Mis opciones eran:

- a) Salir con la pandilla de mi hermana, sin gana alguna, enfrentándome al mundo real -a mis ojos, hostil y peligroso-
- b) Pasarme los días encerrada en casa, sin saber qué hacer, a parte de rezar, lamentándome de mí misma y de mi situación.

A menudo optaba por la opción a).

Mi hermana, en ese sentido, me ayudó mucho. No le daba corte que viniera "su hermana mayor" y se metiera en "su pandilla" y tampoco le avergonzaban mis "rarezas" ni mis "comentarios y consejos" a sus amigos. Fue un gran apoyo para mí y le doy las gracias por su comprensión y cariño.

Más adelante conocí al que hoy es mi marido. Tuve serios problemas, después de años alimentando y fraguando una auténtica fobia hacia mi cuerpo y mi sexo.

Le prohibí cogerme de la cintura o ponerme la mano sobre los hombros (por la "proximidad" de su mano a mis pechos). Me reprimía al besarnos. Sólo podía soportar los besos rápidos y "secos" en la boca. No quería bailar baladas porque cuando se pegaba a mí podía notar su sexo, cosa que me escandalizaba lo que más.

Recuerdo que le dije que, "si quería salir conmigo debía ser según mis normas o se podía ir a tomar viento".

Pero como pasaron las semanas y no me dejó tirada pensé honradamente que se merecía una

explicación, así que le conté lo de mis 5 años en el Opus Dei.

Su reacción fue muy buena. Supo comprender, ser paciente y, poco a poco, con esfuerzo, pude vencer mis miedos. Los seis años que fuimos novios fuimos realmente felices.

Nunca me obligó a hacer nada que yo no quisiera.

He de decir que el amor mueve fronteras, acorta distancias, tumba muros, desvanece prejuicios y en su lugar siembra cariño, ternura y comprensión.

Hoy en día estamos casados ya hace 6 años y seguimos igual de enamorados.

MI MORALEJA

*Puedes salir del Opus Dei y llevar una vida normal.
No temas ser tu mismo, reencontrarte, redescubrirte.
No permitas, nunca más, que nadie más tire de los hilos de tu conciencia
No tengas miedo a equivocarte, eso es humano.
Si ahora estás en un pozo negro y frío no es culpa tuya:
te han hundido en él.
Dios aprieta pero no ahoga: se puede salir.
Puedes salir del Opus Dei y ser plenamente feliz*

MI DESEO

*Espero que mi experiencia ayude:
A los que están dentro y desean salir pero tienen miedo de la vida fuera.
A los que conozcan superficialmente el Opus Dei y tienen pensado entrar.
Y a todos aquellos que, no perteneciendo a estos grupos, pudieran toparse algún día inesperadamente con esta institución.*

"Obra", dicen, "de Dios".

*Obra que no tiene escrúpulos en reclutar niñas y niños de 14 años, -separándolos de unos padres engañados y ajenos a todo-, atrayéndolos con "verdades omitidas", "verdades a medias" "santa coacción" y "santa desvergüenza", manipulándolos, modelándolos, forjándolos hasta convertirlos en marionetas que no sienten, en títeres que no piensan, en ciegos instrumentos de la Obra "divina", cuya única aspiración en la vida es trabajar mucho para aportar dinero a la Obra "de Dios" y traer más almas a la Obra "de Dios".
Sin duda, la mayoría son buena gente que vive con la certeza de hacer el bien.*

*A todos ellos dedico esta confidencia.
Y a mi familia y a mi marido, a los que estaré siempre agradecida.
Y también a las "orejas" que me han dado la oportunidad de sacarla a la luz.*

*Un abrazo a todos,
Halma
Agosto de 2003*